

Sobre el artículo: Peralta H. Lesiones por inhalación de humo. Rev. Hosp. Ital. B.Aires 2005; 25: 43-49.

La disponibilidad de recursos siempre es escasa. La infinidad es sólo una existencia matemática. Recursos financieros, materiales, humanos y técnicos son capital escaso en relación a la demanda de los mismos, fundamentando la distribución mediante criterios de equidad y justicia; es decir, a cada uno lo que necesita. Esto nos pone en contacto con la imprescindible condición de establecer el estado de necesidad, su magnitud y calidad de la misma.

Esta línea de pensamiento es inherente tanto a la distribución de recursos en el seno de una familia como en una organización o en un país. Que cada persona o grupo social reciba de acuerdo a su necesidad. Pero... ¿hay un *triage* social que ordene y establezca prioridades, canalizando las vulnerabilidades hacia escenarios recuperadores de la salud social? La tragedia de Cromagnon pareciera sugerirnos que como sociedad adolecemos de herramientas que nos permitan defender valores y prioridades que hemos acordado valorar: la vida de las personas, la seguridad de los cuerpos, la punidad de los delitos. El real asesino entonces, ya no es la inhalación de humo; ésta es sólo la última gota de la liquidez en la que se diluyen las irresponsabilidades.

Nuestros niños y jóvenes ¿son sujetos de una distribución justa y equitativa de los recursos que necesitan? ¿Somos una sociedad organizada mediante instituciones que además de preocuparse se ocupen de sus necesidades? ¿Alcanza con proclamar sus derechos, si esto no se traduce en medidas de protección a su desarrollo y crecimiento como personas? Las respuestas organizadas de la comunidad ante este desastre mostraron un capital social nutrido de voluntades e inteligencias al servicio de la emergencia. Sin embargo, pareciera que requerimos de la visibilidad de la catástrofe como disparador para el compromiso y la acción. Nos conmueve mil veces más la tragedia de Cromagnon que la silente y escandalosa muerte y enfermedad que afecta a nuestros niños y jóvenes quienes por decisión y no por azar, han sido excluidos. La exclusión entonces ya no es sólo un índice de deserción escolar, desnutrición o pobreza; es el proceso de eliminación de posibilidades de acceso a satisfactores sinérgicos de sus necesidades. Entonces, por ejemplo, el acceso al entretenimiento no sólo está dado por disponer de dinero para entrada y viaje: el acceso es poder entrar sin la violencia de los *patovicas*\*, es un local seguro en materiales y condiciones, es control de venta de drogas, es habilitar padres informados y protectores, es estimular las alarmas del autocuidado en los

adolescentes. En definitiva el acceso es posible cuando hay adultos que cuidan, mientras ellos crecen. La exclusión empuja lentamente y sólo cuando una bengala la enciende en explosión, nos ilumina el terreno que casi nunca vemos por negación, por miopía o por negligencia.

La muerte de los jóvenes en Cromagnon fue inscripta en el lenguaje de los medios y de los ciudadanos como la tragedia de Cromagnon, no fue el desastre de Once ni la catástrofe del boliche ni el incendio de la disco, pasará a la memoria como tragedia.

Los griegos fueron los creadores de la tragedia, representación originariamente con sentido religioso. Celebrada por seres mitológicos mitad hombre y mitad cabra que cantando lamentaban el sepelio de Dionisio o Baco, divinidad protectora de la vida y símbolo de placer, dolor y resurrección. De ahí, tragos e aéido, macho cabrío y canto, unidos en el origen. El devenir le fue imprimiendo un tenor más humano; la representación del restablecimiento doloroso del orden, la relación entre el hombre y el cosmos, el hombre y el poder. Pero ¿cuándo tuvo lugar la real tragedia? No fue la falta de controles, ni la bengala irresponsable, ni la falta de puertas, ni el humo letal. La tragedia fue representada justo a partir de allí y, desde entonces, intentamos restablecer dolorosamente un orden que empuja desde abajo. Responsabilidad, control, seguridad, reiterados valores que junto al histórico reclamo de justicia se nos fueron instalando en el discurso.

Cromagnon fue una nueva oportunidad para recordar lo que nos enoja, reconocer lo que nos falta, reclamar lo que nos deben y mostrar, nueva y lamentablemente, la eficacia de la organización y el trabajo al servicio de la emergencia. La participación de nuestro Hospital en este punto ha sumado a la asistencia, así como lo han hecho los cientos de profesionales de la red de atención pública, que aún hoy continúan asistiendo a los damnificados. El Estado ha invertido recursos en la atención psicológica, médica, jurídica y social de los damnificados y afectados, facilitando el acceso a tratamientos y subsidios. Durante el primer día posterior a la tragedia, el *call center* atendió 1.200 consultas, en el marco del programa de atención dependiente de la Subsecretaría de Derechos Humanos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA). A lo largo del 2005 se entregaron 1.800 subsidios mensuales bancarizados con montos desde 600 hasta 1.200 pesos. Se atendieron, desde esa estructura y en coordinación con la Dirección de Salud Mental del GCBA y los municipios bonaerenses, casos de diversa índole y gravedad, incluyendo intentos de suicidio y desórdenes psicóticos. Queda pendiente, más allá de los esperados resultados en términos políticos y

judiciales, fortalecer lazos entre organizaciones públicas y civiles con experiencia y pericia en desastres con un criterio previsor, como así también redoblar esfuerzos y re-

cursos en la función de control del Estado. Ésta, como otras, indeleble.

Marcela Fotherighan  
Servicio Social Pediátrico  
Hospital Italiano de Buenos Aires

---

\* Personal de seguridad de locales bailables, generalmente integrado por físico-culturistas, denominados "patovicas" en alusión a un conocido físico-culturista llamado Vica de apellido, y "pato" de sobrenombre.

Recibido: 1 ago. 2005

Aceptado: 9 ago. 2005

---